

# CUADERNOS

historia 16

## La guerra civil

Julio Aróstegui



2

Segunda entrega de la colección *Cuadernos Historia 16* dedicado a la guerra civil española.

*El dirigente socialista Largo Caballero durante la guerra.*

---

## Indice

---

### **LA GUERRA CIVIL**

Por Julio Aróstegui

Historiador. Catedrático de Historia Contemporánea.

Universidad Complutense de Madrid

**La guerra civil en España**

**La difícil explicación de los orígenes**

**La consumación de la ruptura**

**Conspiración para la insurrección**

**Del golpe a la guerra**

**La lucha armada y sus fases**

**¿Antesala en la guerra mundial?**

**El poder republicano**

**El «Nuevo Estado»**

**Bibliografía**

# La guerra civil en España

Por Julio Aróstegui

Historiador. Catedrático de Historia Contemporánea.  
Universidad Complutense de Madrid

A los casi cincuenta años de su comienzo, entreverada de una densa constelación de recreaciones y símbolos culturales —literatura de todo género, artes plásticas, folklore, filmografía—, substrato todavía de ciertas posiciones ideológicas, la que ha sido desde entonces para los españoles la *Guerra Civil* por antonomasia, continúa siendo, a su vez, el fundamental *punto caliente* de la Historiografía sobre la España del siglo xx.

Ahora bien, la guerra civil española de 1936-1939 dista mucho de ser un hecho histórico bien conocido. Sólo unos pocos de los grandes temas sectoriales que confluyen en la realidad histórica completa de este suceso pueden considerarse como adecuadamente dilucidados. Menos aún conocemos el meollo de lo que es preciso saber cuál y cómo era la sociedad española donde se desencadenó tan decisivo conflicto. Y por qué.

No se trata de proponer un inclemente revisionismo. Sin embargo, es preciso constatar que veinte años después de las primeras aportaciones al estudio *historiográfico* de la guerra, y cuarenta de la aparición de la masa fundamental de los testimonios *globales* —es decir, las primeras visiones de protagonistas u observadores directos cuando la guerra

era ya hecho concluso— seguimos teniendo dificultades metodológicas para comprender y explicar la guerra de manera *histórica*, sin anacronismos ni alegatos.

La literatura historiográfica sobre la guerra civil española —y los correspondientes ensayos bibliográficos sobre ella— muestran notoria capacidad para envejecer. Lo ocurrido en la década de los sesenta es particularmente significativo.

Se produjeron entonces estudios históricos que hoy se consideran de cabecera, a no pocos de los cuales hizo un señalado favor la censura franquista: los Broué-Témime, Thomas, Jackson, Bolloten, Jellinek, Ibarruri, De la Cierva

Aparecieron las grandes monografías militares, políticas, diplomáticas, y los primeros estudios estrictamente bibliográficos. Advino una segunda oleada de memorialistas.

Es innegable que la historia de la guerra civil entró entonces en una fase diferente de su estudio. Hoy, el paradigma de los años sesenta parece enteramente agotado en su virtualidad.

En efecto, la práctica totalidad de las grandes obras de síntesis histórica sobre la guerra civil española no se mantienen hoy por razones de información y por razones de método. Otras síntesis no tuvieron credibilidad alguna desde su aparición (ejemplo Georges-Roux).



(Izquierda) Caricatura de José María Gil-Robles.  
(Derecha) Retrato de José Antonio Primo de Rivera.



(Izquierda) General Emilio Mola.  
(Derecha) Representación de la II República

Las síntesis más serias carecían entonces de fuentes de información hoy disponibles —aunque no todas las posibles—. Las que amenazaban con *desmitificarlo* todo, como la de De la Cierva, además de no haber empleado la mayor parte de las fuentes a las que tenían exclusivo acceso, se convirtieron en un demagógico y bastante mal disimulado alegato en favor de los vencedores.

Por lo demás, y ello es más importante, los esfuerzos por *objetivizar*, *academizar* y, en suma, *distanciar* científicamente el hecho de la guerra —que algunos autores convirtieron en el principal reclamo de su obra—, se han manifestado como estériles y, en algunos casos, sencillamente falsos.

Las síntesis existentes se basan excesivamente en las dimensiones políticas o militares del evento, olvidando otros niveles sin los cuales no es posible explicar los anteriores. Lo mejor de la historiografía sobre la guerra se encuentra

en ciertas monografías de los años setenta, que han iluminado parcelas fundamentales del tema (Ramón Salas, Alpert o Viñas).

## La difícil explicación de los orígenes

*El Alzamiento Nacional resultaba inevitable, y surgió como razón suprema de un pueblo en riesgo de aniquilamiento, anticipándose a la dictadura comunista que amenazaba de manera inminente.*

Estas palabras, que figuran en el libro *Causa general. La dominación roja en España*, son buena síntesis de la tesis que, con diversos ropajes y adobos, puso en circulación sobre los orígenes de la guerra el bando vencedor.

Es difícil encontrar un mito menos cercano a la verdad y que haya constituido durante más tiempo doctrina oficial. Ni en la guerra civil hubo un *alzamiento nacional*, ni aquella era *inevitable*, ni había *riesgo de aniquilamiento*, ni la *dictadura comunista amenazaba de manera inminente*.

No se trata tampoco, evidentemente, de remitirnos a las tesis de los vencidos. El origen de la guerra civil hay que buscarlo desde otros presupuestos y sobre otro análisis de los hechos.

El enfrentamiento armado está ligado a las formas que en España adquiere la crisis general que recorre Europa y el mundo entre 1918 y 1939. Los procesos españoles de tal período no son en su significación última exclusivos de este país.

En tal sentido, es un falso problema el de si la guerra civil es un conflicto arquetípicamente español o el reflejo de una situación internacional que tendría aquí el primer acto de su desenlace violento. Ningún término de ese dilema explica por sí sólo nada, ni responde a una situación histórica definible.

La evolución española no es desligable de los acontecimientos de su entorno. Para hablar del caso español, por tanto, hay que situarse en el marco geohistórico que le

subsume, y éste es, cuando menos, el de los países europeos tras la Guerra Mundial de 1914-1918.

La guerra civil propició en nuestro país la consolidación de una formación social capitalista; pero de tal modo que condiciona la crisis del sistema de dominación oligárquica consagrado desde 1876 por el sistema de la monarquía de la restauración.

La guerra trae el súbito enriquecimiento de ciertas clases y el aumento de las dificultades vitales de otras. Un extraordinario incremento de la conflictividad social y una detención de toda veleidad política reformista desde *dentro* del sistema.

Por lo demás, la oleada revolucionaria que recorre Europa desde 1917 tiene aquí también su puntual reflejo. Alemania, Austria-Hungría, Francia, Italia y Turquía, se ven afectadas por ella, bajo el paradigma de la revolución en Rusia. Se trata de la más grave conmoción del mundo capitalista industrializado y liberal, más grave que la de 1848. Ahora, la onda llega también a los países menos evolucionados del este y sur de Europa.

La primera ruptura importante y, en definitiva, decisiva, del sistema español de la restauración se produce en 1917, aunque no concedamos a esa fecha más que un valor simbólico. Se materializan entonces tres rebeliones paralelas frente al orden establecido; pero no coinciden en sus objetivos y, por tanto, no suman sus efectos. Es más, se marca el camino de una duradera divergencia.

El Ejército, las burguesías periféricas y el proletariado, manifiestan su protesta al bloque dominante. Desde ninguno de esos sectores puede suscitarse un cambio sustancial, pero desde entonces el régimen restauracionista deja de funcionar con sus mecanismos políticos y sociales establecidos.

El campesinado se incorpora también, de manera irreversible, a la disidencia. No es sino un preámbulo a la crisis

mucho más profunda que acarreará poco después la inversión de coyuntura como resultado del fin de la guerra.

## Crisis de estructuras

---

En suma, propiciada, aunque no puede decirse que producida, por la Gran Guerra, se abre en 1917 una crisis de las estructuras sociales españolas cristalizadas en los cincuenta años anteriores, que no se cerrará —y de manera provisional, además— sino en 1939.

Asistimos, sucesivamente, a la agonía del régimen político bipartidista —1917-1923—, a la implantación de una dictadura militar y civil que comienza bajo el signo de la *contención* revolucionaria y acaba en un torpe intento de encontrar nuevas vías políticas de base corporativista —1923-1930— y, por fin, a la ruptura que significa el régimen republicano con el designio de encontrar una recomposición modernizadora, sobre base liberal-democrática, de las relaciones entre grupos y clases, pero ello en el contexto de la depresión generalizada del sistema capitalista mundial —1931-1936—.

Los tres años finales del período son la culminación del drama de la búsqueda de un nuevo sistema de relaciones sociales de dominación. La sucesión de los regímenes políticos no es, naturalmente, sino el síntoma, la transcripción, de los cambios que se están operando en las estructuras sociales básicas del país.

Problemas de este mismo género se presentan a muchas sociedades europeas del período. De manera estricta ninguna llega en su resolución al conflicto armado interno, pero las soluciones se mueven siempre en las mismas coordenadas: o la profundización de la democracia burguesa o el fascismo o el socialismo.

## La consumación de la ruptura

---

Desde el final de la Gran Guerra se opera en España un doble proceso social.

Uno es la ruptura interna en el bloque de poder creado por la restauración canovista y, por consiguiente, la reafirmación de un proyecto sociohistórico autónomo de las burguesías no oligárquicas, pero satelizadas hasta entonces por la oligarquía.

El otro se opera en la clase dominada, el proletariado y el campesinado desposeído, y tiene también el sentido de una escisión entre aquellos núcleos que aceptan el camino del reformismo político como paso a la emancipación social y los que se niegan a aceptar otra vía que no sea la ruptura revolucionaria.

En su explicación histórica profunda, la II República española se presenta como el intento más decidido de sustituir esas viejas estructuras de dominación cimentadas en un capitalismo de base agraria, que convive con núcleos de superior modernidad —Cataluña, Vasconia— y un régimen formalmente liberal, pero no democrático.

La opción *no revolucionaria* para esa sustitución es la propuesta por las medias y bajas burguesías urbanas, las menos ligadas a los intereses agrarios, con la alianza —estructural en unos casos, sólo coyuntural en otros— del sector social-reformista del movimiento obrero —PSOE, UGT—. En cierto modo, y de forma tardía, el comunismo español se sumará también al proyecto.

Los enemigos de este modelo de cambio social son muchos y no se sitúan todos en el lado de la oligarquía agraria opuesta a toda modificación del *status* social. Por supuesto, la fuerza reaccionaria a ultranza es la compuesta por esa clase de terratenientes y sus satélites en el mundo agrario, apoyada por un gran sector de las burguesías de negocios

que han prosperado en el sistema anterior. Junto a ellas se encuentran, de forma unánime en su sentido corporativo e institucional, esas dos fuerzas que, desde 1917, se han manifestado como firme puntal del viejo orden, es decir, Iglesia y Ejército. Ellos son el objetivo posible de la fascistización.

Pero el proyecto reformista se enfrenta también a una opción *revolucionaria*, cuya exacta modalidad y alcance necesita aún de mucho estudio.



*El general Sanjurjo, en Sevilla, durante el pronunciamiento del 10 de agosto de 1932.*

Está, primero, el anarcosindicalismo, con su indiscutible arraigo de masas y con una organización como la FAI, que hegemonizará el revolucionarismo de una parte importante

de la clase obrera. Viene, luego, el comunismo disidente, de mucha menor incidencia, que cristalizará en el POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista).

Se suma a estas tendencias el fenómeno más complejo del *izquierdismo* de un sector del socialismo reformista que se convierte, verbalmente al menos, a las tesis revolucionarias —el ala largocaballerista—. Está, en fin, la trayectoria del Partido Comunista de España, antes del cambio operado en la Komintern en torno a 1935 y su VII Congreso.

Esta triple vía de resolución de un conflicto social de fondo cuyos orígenes se encuentran en la disolución, desde 1917, del sistema de dominación restauracionista confiere a la situación española del período de entreguerras una analogía con otros países europeos.

Esta triple opción de la democracia burguesa reformista, la fascistización o la marcha al socialismo, tiene en España la peculiaridad de enfrentarse con el poder económico, la influencia social y el control persistente de los aparatos de Estado, que sigue detentando de manera invariable la fracción social preeminente de la vieja oligarquía. Dato clave porque confiere especificidad al caso español.

Esa antigua fracción dominante, con ciertas reacomodaciones (el mimetismo fascista) y desgajamientos (un sector de las burguesías medias) acaba imponiendo su propia solución: la permanencia, a través de una guerra civil.

El proceso de fascistización en España supone una *mimesis desafortunada* (J. Jiménez Campo), que produce un *fascismo de cuota*, según Joaquín Maurín. La revolución socialista carece en los años treinta de un instrumento adecuado al no haber conseguido el bolchevismo un partido de masas, ni una bolchevización real de la izquierda socialista ni una mínima táctica común del proletariado. Por fin, el reformismo burgués es el proyecto ensayado por la República, sin que la alianza socialdemocracia-izquierda burguesa dé los resultados esperados.